

Ella es la oscuridad

Un libro de La Compañía Negra
Segundo libro de Piedra reluciente

Traducción:

M^a José Quiroga Fernández



Glen Cook

In memoriam

Tracy Zellich, por seguir al pie del cañón.
Tu sitio en los Anales está asegurado.

El viento silba y brama con un hálito cortante. Un relámpago gruñe y crepita. La furia es una fuerza que cobra vida sobre la llanura de piedra reluciente. Hasta las sombras tienen miedo.

Las cicatrices del cataclismo desfiguran una llanura que solo ha conocido una era de oscura perfección. Una brecha dentada perfora la superficie como si un rayo la hubiera acuchillado. En ningún sitio la brecha llega a tener anchura suficiente como para que un niño no pueda saltarla, pero parece no tener fondo. La niebla se desplaza en tropeles. A veces muestra un asomo de color. Cualquier color desentona con los miles de negros y grises.

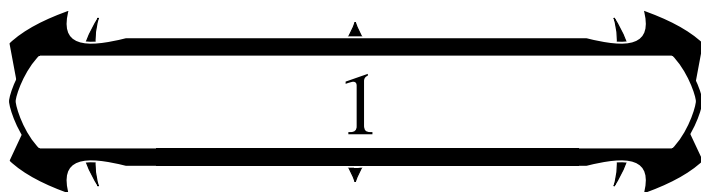
En el corazón del dilatado terreno se encuentra una inmensa fortaleza gris, desconocida, más antigua que cualquier memoria escrita. Una vieja torre se ha desplomado atravesando la brecha de la planicie. Desde la fortificación llega un gran latir, profundo, pausado, como el del corazón de un mundo inerte, quebrando el silencio de antaño.

La muerte es eternidad.

La eternidad es piedra.

La piedra es silencio.

La piedra no puede hablar, pero sí recuerda.



El Viejo levantó los ojos. Su pluma se agitó, dejando ver su irritación por haber sido interrumpido.

—¿Qué pasa, Murgén?

—He ido de paseo con el fantasma. ¿Qué hay de ese temblor de tierra que sentimos hace un rato?

—¿Qué pasa con él? Y no te vayas por las ramas como hace siempre Un Ojo, no tengo tiempo para eso.

—Cuanto más te alejas hacia el sur más destrucción encuentras.

El Viejo abrió la boca, la cerró para pensar un poco antes de decir nada más.

Matasanos, el Viejo, el capitán de la Compañía Negra, el actual dictador militar, elegido por la gracia de Dios, de Taglios y todos sus vasallos, dependencias y protectorados, no viste el cargo.



Tiene cincuenta y tantos años, posiblemente cerca de sesenta. Mide más de un metro ochenta. Se ha puesto un poco grueso durante los cuatro años que pasó en guarnición. Tiene la frente despejada y algo de pelo rapado más atrás. Últimamente le gusta dejarse barba en el mentón. Es grisácea, igual que el pelo que todavía merodea por su cabeza. Sus ojos azul glacial son profundos, dándole un aspecto duro, espeluznante, como una especie de asesino psicópata.

Él no lo sabe. Nadie se lo ha dicho nunca. A veces se ofende cuando la gente se aparta. No entiende por qué.

Son sobre todo sus ojos. Pueden ser realmente fantasmales.

Él se considera uno más. Casi siempre.

Si lo supiera usaría su impacto hasta el límite. Su creencia en el valor de crear ilusiones en la mente de los demás raya en la convicción religiosa.

Se levantó.

—Vayamos a dar una vuelta, Murgén.

En el palacio siempre es mejor moverse si quieres que tus conversaciones sean solo tuyas. El palacio es inmenso, un panal interconectado con laberintos que ocultan innumerables pasadizos secretos. He estado trazando los planos, pero no podría rastrearlos todos en la vida, ni siquiera aunque nunca tuviéramos que dirigirnos hacia el sur.

El caso es que siempre existe la posibilidad de que nuestros amigos estén escuchando todo lo que decimos.

Hemos tenido mucho éxito expulsando a nuestros enemigos lejos del alcance de las armas.

Thai Dei nos recogió en la entrada. El Viejo hizo una mueca. No tiene ningún prejuicio personal contra mi guardaespaldas y cuñado, pero detesta el hecho de que tantos hermanos de la Compañía hayan adquirido compañeros similares, ninguno de los cuales está sujeto a sus órdenes directas. No se fía de los nyueng bao. Nunca lo ha hecho, nunca lo hará y no puede explicar con claridad por qué.

Considera que no estuvo allí, en la fragua del infierno, cuando se forjaron las alianzas. Para él es una condición. Ha cumplido su condena en otros infiernos. Se encontraba sufriendo uno en aquel entonces.

Le hice un pequeño gesto a Thai Dei. Se rezagó un poco, considerando simbólicamente nuestra necesidad de privacidad más que aceptándolo en realidad. De todos modos iba a escuchar todo lo que dijéramos.

Así que todo lo que dijéramos sería hablando en el dialecto de la Ciudad Joya de Berilo, que se encuentra diez mil kilómetros más allá del límite de cualquier mundo que Thai Dei pueda siquiera imaginar.

Me preguntaba por qué Matasanos se molestaba en caminar si iba a usar una lengua extranjera. Ningún tagliano entendería una palabra.

—Cuéntame —dijo.

—He paseado con el fantasma. Fui al sur. Hice las inspecciones rutinarias. Simplemente seguí el ritual diario. —Comprendí su deseo de caminar. Atrapa Almas. Atrapa Almas entendía los dialectos de las Ciudades Joya. Tendría más problemas para fisgonear si primero tenía que encontrarnos.

—Creí haberte dicho que aflojaras. Estás perdiendo demasiado tiempo ahí fuera. Te va a enganchar. Es muy cómodo para liberarse del dolor. Por eso yo ya no voy. —Oculté mi aflicción.

—No hay problema, jefe. —No me creyó. Sabía lo mucho que significaba Sari para mí, cuánto la echaba de menos, cuánto me dolía.

—Puedo soportarlo. Bueno, lo que quiero que sepas es que cuanto más lejos mires hacia el sur, peor es el daño causado por ese terremoto.

—¿Se supone que me tiene que preocupar? ¡No me digas que al Maestro de las Sombras se le ha caído la casa en la cabeza!

—Puedes desear lo que quieras pero no me lo oirás decir. Ahora no. Sus defectos no incluyen ser un mal arquitecto.

—Presentía que no me ibas a decir lo que quería oír. Así no eres nada gracioso.

Parte de mi trabajo como analista es recordar a mis superiores que no son dioses.

—Eso no es lo que ha pasado. Atalaya sobrevivió casi indemne. Pero Kiaulune ha sido destruida. Miles de personas han muerto. Según funcionan los desastres, miles más morirán de hambre, enfermedad y de abandono. —Lo más crudo del invierno se aproximaba rápidamente.

Kiaulune es la ciudad de hombres más meridional. Su nombre significa Puerta de las Sombras. Cuando salió de la nada hace dos décadas y se convirtió en maestro de la provincia, el Maestro de las Sombras, Sombra Larga, cambió el nombre por Captura de las Sombras. Solo las gentes del Lugar de las Sombras, que están dispuestas a evitar el desagrado del Maestro de las Sombras emplean, de hecho, nombres que les han sido impuestos por su avasallamiento.

—¿Y esas son buenas noticias?

—Seguro que retrasará la construcción de Atalaya. A Sombra Larga no le gustará, pero va a tener que tomarse un tiempo de descanso para ayudar a sus súbditos. Si no, se quedará sin gente que haga el trabajo por él.

Nuestra marcha continuó lentamente a través de galerías concurridas. Esta parte del palacio había sido cedida por completo al esfuerzo de guerra. Ahora la gente hacía las maletas. Pronto nos dirigiríamos hacia el sur, destinados a un encontronazo mayor y posiblemente definitivo con los ejércitos de los Maestros de las Sombras. La mayoría de nuestras fuerzas ya se encontraban en tránsito, un proceso lento y difícil. Se tarda una eternidad en trasladar grandes batallones a una gran distancia.

Los hombres de estos puestos llevan años sentando las bases.

Matasanos preguntó:

—¿Quieres decir que no necesitamos darnos prisa?

—Ahora no hace falta. El seísmo lo ha dejado lisiado.

—Antes del temblor no había ninguna necesidad acuciante. Podíamos haber llegado allí antes de que terminara su descomunal castillo de arena.

Cierto. Comenzábamos la cruzada ahora principalmente porque el capitán y su mujer estaban sedientos de venganza.

Añade el nombre de Murgén a esa lista. Mi apetito por la venganza era más fresco y más sangriento. Mi mujer era una víctima más reciente.

Sombra Larga y Narayan Singh pagarían por la muerte de Sari. Especialmente Narayan Singh.

Tú, santo viviente de los Estranguladores, tu compañero de la noche ahora te busca a ti también.



—Por mucho que le duela, en realidad, nuestro objetivo no cambia.

Asentí.

—Cierto. Pero nos da más flexibilidad.

—A pesar de todo tiene sentido saltarles encima mientras están aturdidos. ¿Hasta dónde se han extendido los daños? ¿Ha sido solo Kiaulune?

—Hay muchos destrozos en todas partes al sur de Dandha Presh. Y empeora a medida que vas más al sur. Esa gente no tendrá muchas fuerzas para gastarlas intentando detener una invasión.

—Más razón para seguir con el programa. Les pisotearemos mientras estén abatidos.

El Viejo era rencoroso y vengativo. Viene con el cargo, supongo. Y por todas las perversidades que le han hecho.

—¿Preparado para viajar? —preguntó.

—¿Personalmente? Yo y toda mi familia tenemos hechos los preparativos. Di el día y nos pondremos en camino. —Mi propio resentimiento salió a flote.

Seguí diciéndome a mí mismo que no debía dejar que la necesidad de venganza enraizara muy hondo. Me planteé como un reto no dejar que se convirtiera en una obsesión.

Matasanos frunció los labios, amargado por un momento. Mi familia incluye no solo a Thai Dei, sino también a la madre de Sari, Ky Gota, y al tío Doj, que en realidad no es el tío de nadie, sino una amistad de la familia. Matasanos se niega a fiarse de ellos. No se fía de nadie que no haya sido hermano de la Compañía durante años.

La prueba fue inmediata.

—Murgén, quiero que añadas a la radisha a la lista de personas que inspeccionas regularmente. Apuesto a que en cuanto despejemos la muralla de la ciudad se las compondrá para rompernos el corazón.

No discutí. Parecía probable.

En toda su historia la Compañía Negra ha sufrido la ingratitud de sus empleados. Normalmente esos canallas recibían motivos de sobra para lamentar su villanía. Esta vez había muchas probabilidades de que pudiéramos subvertir el intento antes de que la radisha Drah y su hermano, el prahbrindrah Drah, pudieran causarnos una gran traición.

Ahora mismo la radisha y el príncipe tienen que contenerse. Mientras Sombra Larga sobreviva, la Compañía seguirá siendo su menor temor.

Pregunté:

—¿Ya has visto los libros?

—¿Qué libros?

Podía ser exasperante. Contesté bruscamente:

—Los libros que tuve que robarle a Atrapa Almas la otra noche arriesgando mi precioso culo. Los Anales perdidos que se supone que van a decirnos por qué cada puñetero señor y sacerdote en esta punta del mundo se caga de miedo con la Compañía Negra.

—Ah, esos libros.

—Sí, esos... —Me di cuenta de que me estaba vacilando.

—No he tenido tiempo, Murgén. Aunque he descubierto que vamos a necesitar un traductor. No están escritos en tagliano moderno.

—Me lo temía.

—Nos llevaremos al que pasea con los fantasmas al sur con nosotros.

El cambio repentino me sorprendió. Últimamente ha estado tan paranoico que no menciona a Humo, ni por el nombre ni de otro modo, por ninguna razón, ni siquiera en una lengua no tagliana.

Siempre hay algún cuervo alrededor.

Respondí:

—Supuse que lo haríamos. Es un recurso demasiado valioso para dejarlo aquí.

—No queremos que nadie lo sepa si podemos evitarlo.

—¿Eh?

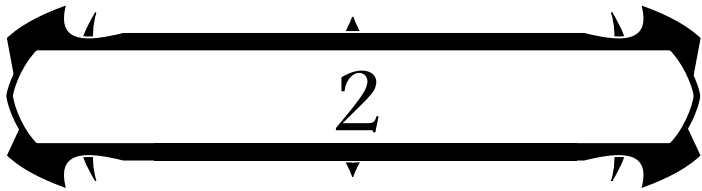
—La radisha ya se pregunta cómo es que lo encontramos tan interesante que cuidamos de él y lo mantenemos vivo. Ya no cree que haya ninguna posibilidad de que se recupere. Si lo piensa demasiado le van a empezar a cuadrar las cosas. —Se encogió de hombros.

—Hablaré con Un Ojo. Podéis sacarlo a hurtadillas entre los dos cuando nadie mire.

—Algo más que hacer en mi abundante tiempo libre.

—Eh. Disfrútalo mientras puedas. Pronto pasaremos a dormir durante siglos.

No es un hombre religioso.



—Tengo que hacerlo yo todo —refunfuñó Un Ojo—. Cualquier cosa que haya que hacer, empaquétsela a Un Ojo. Él se encargará.

Respondí con sorna:

—Eso es solo si no encuentras antes a Murgen.

—Soy demasiado viejo para esta mierda, Cachorro. Debería estar jubilado.

El hombrecillo negro tenía razón. Según los Anales tiene unos doscientos años. Sigue vivo, principalmente, gracias al hábil uso de su propia brujería y a una buena suerte muy superior a la que merece cualquier ser humano.

Entramos los dos en una oscura escalera, acarreado el cuerpo sobre una camilla. Humo no pesaba mucho pero, aun así, Un Ojo hacía que la tarea fuera insoportable.

—¿Listo para equilibrarlo? —pregunté. Yo tenía el extremo en pendiente. Mido más de un metro ochenta. Un Ojo llega a metro y medio si lo pones encima de un libro grueso, pero es un terco que nunca admite que está equivocado.

Por alguna razón Un Ojo se había empeñado en que el extremo en pendiente de una camilla sería el más fácil de maniobrar por una escalera.

—Sí. Creo. Cuando bajemos al siguiente descansillo.

Sonreí en la oscuridad. Con eso ya solo nos quedaría un piso. Entonces rezongué:

—Espero que ese maldito Dormilón llegue a tiempo.



Aunque apenas tiene dieciocho, Dormilón es un veterano que lleva cuatro años en la Compañía. Ha atravesado el fuego de Dejugore con nosotros. Sigue teniendo tendencia a llegar tarde y a ser un poco irresponsable, pero, ¡qué demonios!, es muy joven.

Su juventud hizo que fuera el hombre más indicado para conducir un carruaje por Taglios en medio de la noche si no querías llamar la atención. Un vehdna tagliano que podía pasar fácilmente por aprendiz. Nadie esperaría que supiera lo que estaba haciendo. Los aprendices hacen lo que se les manda. Sus maestros rara vez se sienten obligados a darles explicaciones.

El chico no tendría ni la menor idea de lo que se estaba tramando esta noche. Si llegaba a tiempo no sabría cuál había sido su participación durante años. Debería desviarse antes de que el carruaje recogiera la misteriosa carga.

Un Ojo se encargaría de que cargáramos a Humo. Él explicaría, si se encontrara en una situación en que eso fuera necesario, que el cadáver de detrás era Goblin. Nadie notaría la diferencia. Nadie había visto a Humo durante cuatro años y antes se le había visto poco en público. Y Goblin hacía tiempo que no estaba por allí porque el Viejo lo había enviado fuera a una misión hacía semanas.

Cualquiera que se topara con Un Ojo lo reconocería de inmediato. Es el miembro más reconocible de la Compañía. Su viejo y horrible sombrero negro lo delata incluso en la oscuridad. Está tan mugriento que brilla.

Exagero solo ligeramente.

La gente creería a Un Ojo porque todo el mundo en Taglios sabe que el asqueroso mequetrefe suele ir con un pequeño brujo blanco con cara de sapo llamado Goblin.

El truco sería distraerles del color de piel de Humo. O, si no, Un Ojo podría echarle un conjuro y hacer que se pareciera lo bastante a Goblin como para engañar a los ojos de los taglianos.

Con el tiempo alguien descubriría que Humo ya no estaba en el palacio. Probablemente más tarde. Por accidente. Cuando alguien se tropezara con la maraña de hechizos de confusión que rodeaban la habitación en la que Humo había estado escondido durante años.

«Alguien» sería la radisha Drah. Ella y el tío Doj son las únicas personas, además de Matasanos, Un Ojo y yo, que saben que Humo todavía está vivo, si bien inefablemente perdido en la tierra del coma.

Ahora es más útil de lo que nunca fue cuando estaba consciente y era el mago secreto de la corte.

Humo había sido todo lo sumamente cobarde que puede llegar a ser un humano.

Alcanzamos el descansillo. Un Ojo estuvo a un pelo de que se le cayera la camilla. Tenía prisa por tomarse un descanso.

—Avísame cuando estés listo —le dije.

—No hace falta que vayas de listillo conmigo, Cachorro. —Farfulló unas cuantas palabras en una lengua muerta, cosa que era totalmente innecesaria y únicamente para exhibirse. Podía haber dicho lo mismo en tagliano y habría conseguido el mismo resultado, que era que una bola trémula de gas cenagoso se materializara bajo su horrible sombrero.

—¿Acaso he dicho algo?

—No tienes que hablar, Cachorro. Estás sonriendo como un perro comemierda. —Pero jadeaba demasiado como para seguir el ritmo—. El vejestorio pesa más de lo que aparenta, ¿verdad?

Así era. Tal vez porque era todo manteca después de pasar cuatro años dormido, alimentándose de sopa, caldo y cualquier otro fango de esos que le meto a cucharadas.

Es una asquerosidad cuidar de él. Dejaría que palmara si no fuera tan útil.

La Compañía no desperdicia ningún cariño en este hombre.

Puede que me guste más inconsciente que consciente, aunque entre nosotros nunca nos llevamos tan mal. He oído tantos cuentos de terror sobre su cobardía que no es que pueda decir muchas cosas buenas de él. Bueno, era un jefe de bomberos modestamente eficaz. El fuego es un enemigo que Taglios conoce mucho más estrechamente que ningún Maestro de las Sombras remoto.

Si no hubiera sido tan cobardica y no se hubiera pasado al bando de Sombra Larga, no estaría en el lamentable estado en el que está ahora.

Por razones poco claras hasta para Un Ojo, el espíritu comatoso de Humo está anclado a su carne muy débilmente. Es fácil conectarlo con su *ka*, que es como deben llamarlo por aquí. Sigue bien las instrucciones. Puedo conectar con él, desprenderme de mi carne y viajar con él casi a cualquier parte, para ver casi cualquier cosa. Es por eso que es tan especial para nosotros hoy por hoy. Es por eso que es fundamental mantener oculto todo lo que tenga que ver con él.

Si triunfamos en esta oscura guerra la victoria se deberá en gran parte a que podemos «pasear con el fantasma».

—Estoy listo— dijo Un Ojo.

—Te repones rápido para ser un abuelele.

—Tú sigues de cháchara, Cachorro, nunca tendrás la oportunidad de descubrir lo que es ser lo bastante viejo para merecer respeto, pero no lo bastante como para no recibirlo de críos como tú.

—No la tomes conmigo porque Goblin te haya dejado plantado.

—¿Y dónde demonios está ese zurullo de ratón atrofiado?

Lo sabía. O creía que lo sabía. Yo pasee con el fantasma. Pero como a Un Ojo no le hacía falta saberlo, no le di ninguna pista.

—Levanta la maldita camilla, pichafloja.

—Estoy seguro de que vas a disfrutar de la vida como una mofeta, Cachorro.

Levantamos la camilla. Humo hizo un ruido como un gorgoteo. Un escupitajo espumoso se le escurrió de la comisura de la boca.

—Espabila. Tengo que limpiarle la boca antes de que se ahogue.

Un Ojo evitó discutir. Bajamos las escaleras atropelladamente. Humo empezó a hacer ruidos como si se ahogara. Abrió la puerta de una patada y salió sin mirar antes fuera. Salimos a la calle.

—Pósalo —dije bruscamente—. Cúbrenos mientras me voy ocupando de él. —¿Quién sabe quién podía estar observando? Las noches taglianas ocultan incontables ojos curiosos. Todo el mundo quiere saber lo que hace la Compañía



Negra. Tenemos asumido que algunos de ellos son personas que ni siquiera conocemos aún.

La paranoia es un estilo de vida.

Me arrodillé junto a la camilla, la incliné un poco y giré la cabeza de Humo. Se tambaleó como si no tuviera huesos en el cuello. Humo gorjeó y escupió algo más.

—¡Chsss! —dijo Un Ojo.

Levanté la vista. Un vigilante shadar alto se dirigía hacia nosotros portando un farol. Una de las novedades del Viejo, las patrullas nocturnas a pie, ha entorpecido los intentos de espionaje enemigo. Ahora nuestra creatividad estaba a punto de volverse en nuestra contra.

El soldado con turbante pasó tan cerca que sus pantalones grises llegaron a rozarme. Pero no se dio cuenta.

Un Ojo no es un maestro hechicero, pero hace un trabajo impresionante cuando se concentra.

Humo volvió a hacer ese ruido.

El shadar se detuvo, miró atrás. Abrió los ojos de par en par. Eran todo lo que se podía ver entre el turbante y su espesa barba. No sé lo que vio, pero se tocó la frente y se pasó los dedos rápidamente trazando un medio círculo que acababa sobre el corazón. Se trataba de una protección contra el mal, común a todas las gentes de Taglios.

Se movió apresuradamente.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

—No importa —dijo Un Ojo—. Carguémoslo. —El carruaje estaba esperando justo donde debía dejarlo Dormilón—. Va a dar el aviso. En unos minutos toda su familia estará aquí.

Los vigilantes estaban equipados con silbatos. Nuestro hombre recordó el suyo y empezó a pitar mientras Un Ojo levantaba su extremo de la camilla. En cuestión de segundos respondió otro silbato.

—¿Va a seguir soltando esa mierda? —preguntó Un Ojo.

—Le tumbaré sobre un costado, así la flema debería resbalar. Pero tú eres el que sabe de medicina. Si va a enfermar de neumonía más vale que te ocupes de él ahora.

—Vas a enseñar a tu padre a hacer hijos, Cachorro. Tú solo empuja al cabroncete en el carruaje y vuelve a sacar tu culo por la puerta.

—Mierda. Creo que me olvidé de ponerle una cuña para que no se cerrara.

—Te llamaría tonto del culo, pero siempre te cachondeas de mí por decir progrulladas. ¡Hum! —Volcó su extremo de la camilla en la cama del carruaje. El bueno de Dormilón se ha acordado de dejar bajada la puerta de atrás, justo como se le había ordenado—. Yo me acordé por ti.

—De todos modos fuiste el último en salir. —Maldita sea, anda que no me voy a alegrar cuando vuelva Goblin y Un Ojo pueda volver a reñir con él. Empujé mi extremo de la camilla.

Un Ojo ya estaba revolviendo el asiento del conductor.

—No te olvides de subir esa puerta.

Sacudí los hombros de Humo para que desaguara la boca, levanté la puerta de atrás y metí las clavijas de roble en las ranuras.

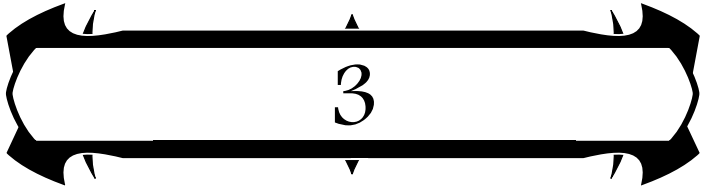
—Tú échale un vistazo en cuanto puedas.

—Cierra el pico y lárgate de aquí.

Ahora se oían pitidos de silbato por todas partes. Sonaba como si todos los vigilantes de guardia se estuvieran acercando.

Su interés iba a atraer el de los demás. Corrí hacia el postigo. Las llantas de acero empezaron a traquetear sobre los adoquines detrás de mí.

Un Ojo iba a tener la oportunidad de poner a prueba nuestra tapadera.



Hay un buen trecho desde el postigo hasta el aposento que yo llamo hogar. En el trayecto me detuve en la celda de Matasanos para contarle lo que había pasado mientras sacábamos a Humo de la casa. Preguntó:

—¿Viste algo más aparte de los shadar?

—No, pero el alboroto va a llamar la atención. Si se enteran de que Un Ojo estaba implicado, la gente que está interesada en nosotros va a empezar a husmear. Sabrán que ha pasado algo por mucho que Un Ojo les venda su historia a los vigilantes.

Matasanos gruñó. Se quedó mirando fijamente los papeles que había estado intentado leer. Estaba hecho polvo.

—No hay nada que podamos hacer ahora. Vete a dormir un poco. Iremos nosotros mismos en uno o dos días.

—¿Eh? —No estaba ansioso por viajar, especialmente en invierno—. No es que lo esté deseando.

—¡Eh! Yo soy más viejo y más gordo que tú.

—Pero tú tienes motivos para ir. La Dama está allí.

Gruñó sin entusiasmos. No hacía falta preguntarse más por la entrega a su mujer. Desde los problemas con Hoja... No es asunto mío.

—Buenas noches, Murgén.

—Sí. Igualmente, jefe. —No quería ser amable. Por mí estupendo.

Me dirigí a mi aposento, aunque allí no había nada esperándome salvo una cama que no me iba a aportar ningún descanso. Desde que Sari se fue, aquel lugar era un páramo del corazón.

Cerré la puerta a mi espalda. Miré alrededor como si tal vez ella fuera a aparecer riendo para decirme que todo era una broma pesada. Pero la broma todavía no había acabado. Madre Gota aún no había terminado de limpiar el desastre que había dejado la incursión de los Estranguladores. Y, aunque era muy pesada, no había tocado nada en mi zona de trabajo, donde todavía estaba clasificando los restos quemados de varios de estos Anales.

Debí de quedarme absorto en mis pensamientos. De repente, me di cuenta de que no estaba solo. Cogí un cuchillo en lo que dura medio latido.



No corría peligro. A las tres personas que me miraban les pertenecía ese lugar por derecho familiar. Eran mis parientes políticos, Thai Dei, el hermano de Sari, con su brazo en cabestrillo, el tío Doj y madre Gota. De los tres solo la vieja llegó a decir algo. Y nada de lo que decía fue nunca nada que yo quisiera oír. Podía encontrar el lado malo de cualquier cosa y quejarse por ello eternamente.

—¿Qué? —pregunté.

El tío Doj contestó:

—¿Has vuelto a ir flotando? —Parecía preocupado—. ¿A qué momento fuiste? ¿Dejagore?

—No ha sido eso, eso hace tiempo que no sucede. —Los tres continuaron mirándome como si me colgara algo de la nariz—. ¿Qué?

El tío Doj dijo:

—Tienes algo diferente.

—Mierda. Pues claro que lo tengo. Perdí a una esposa que significaba más para mí que... —Contuve mi rabia.

Me volví hacia la puerta.

Era inútil. Humo iba en un carruaje hacia el sur.

Siguieron mirándome fijamente.

Era así cada vez que volvía después de salir sin dejar que Thai Dei se me pegara. No les gustaba perderme de vista.

Eso y sus miradas me dieron un poco de repelús, el tipo de sensación que tenía Matasanos cada vez que miraba a uno de los nyueng bao.

La ausencia de Sari había dejado un vacío mayor que el de mi corazón. Ella había sido el alma que hacía que este extraño grupo funcionara.

El tío Doj preguntó:

—¿Te gustaría seguir el Sendero de la Espada?

El Sendero de la Espada, el conjunto de ejercicios ritualizados asociado a su estilo de lucha con espada larga a dos manos, podía llegar a ser casi tan apacible e indoloro como lo era pasear con el fantasma. Aunque el tío Doj ha estado enseñándome desde que pasé a ser parte de la familia, aún me resulta difícil entrar en la clase de trance que requiere el Sendero.

—Ahora no. Esta noche no, estoy cansado. Me duelen todos los músculos.

Otra manera de echar de menos a Sari. Ese ángel de ojos verdes había sido una artista dando masajes para liberar las tensiones acumuladas en el día.

Hablábamos en nyueng bao, que se me da bastante bien. Entonces madre Gota reclamó:

—¿Qué haciendo tú? ¿Escondes de ti? —En su abominable tagliano. Se niega a creer que no habla la lengua como un nativo.

—Trabajo. —Aun sin la paranoia del Viejo me hubiera quedado a Humo para mí. ¡Maldita sea!, estoy corriendo un gran riesgo solo con mencionarlo en estas páginas aunque las esté garabateando en una lengua que casi nadie por aquí sabe hablar, y ya no digamos leer.

Atrapa Almas está ahí en alguna parte. Nuestras precauciones para que no descubriera a Humo están más elaboradas que las que mantienen a la radisha y al Maestro de las Sombras alejados.

Hacía poco tiempo que Almas estaba en el palacio. Ella robó los Anales que había escondido Humo antes de su desgracia. Estoy bastante seguro de que no

se percató del propio Humo. Se supone que la maraña de hechizos de confusión a su alrededor es tan sutil, que ni una jugadora tan poderosa como Atrapa Almas notaría la información errónea, a menos que estuviera verdaderamente centrada en encontrar algo así.

Les dije:

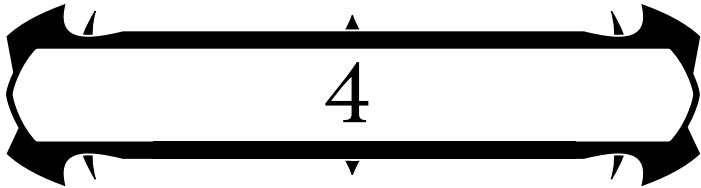
—Hablé con el capitán. Dijo que el grupo del cuartel general saldrá mañana o pasado. ¿Seguís empeñados en ir?

El tío Doj asintió. No parecía muy emotivo cuando me recordó:

—Nosotros también tenemos una deuda que saldar.

Las pocas posesiones materiales que compartían los tres ya estaban empaquetadas y amontonadas al lado de la puerta de la habitación. Llevaban días preparados para salir. Era yo el que necesitaba concentrarme y finalizar mis preparativos. Había mentido a Matasanos cuando dije que estaba preparado para viajar.

—Ahora me voy a la cama. No me despertéis por nada, a no ser que se acabe el mundo.



Dormir no sirve para escapar del dolor. Cuando se duerme se sueña. Cuando duermo voy a sitios más horribles que aquellos a los que voy cuando estoy despierto.

En los sueños vuelvo a ir a Dejagore, a la muerte y la enfermedad, el crimen, el canibalismo y la oscuridad. En sueños, Sari sigue viva sea cual sea el horrible lugar en que se encuentra.

Aquella noche mis sueños no me devolvieron el milagro de la compañía de Sari.

Solo recuerdo uno. Primero llegó como una sombra, una maldad llena de traviesa crueldad que lo envuelve todo, como si me sumiera en el alma de una araña que disfrutara torturando a sus víctimas. La maldad no prestó atención a mi presencia. La atravesé hasta el otro lado. Y allí el sueño se torció, se distorsionó y se enfrentó a la vida, aunque era una vida completamente en blanco, negro y grises.

Estaba en un lugar de muerte y desesperación. El cielo era plomizo. Los cuerpos se pudrían a mi alrededor. El hedor era lo bastante fuerte como para espantar a los buitres. La vegetación podrida estaba cubierta con lo que parecían babas espesas de saltamontes. Solo se movía una cosa, una bandada lejana de cuervos burlones.

Incluso entre mi horror y revulsión sentí que la escena me era familiar. Intenté aferrarme a ese pensamiento, para perseguirlo, para mantener mi locura y lograr al fin saber por qué razón iba a conocer un sitio en el que nunca había estado. Tropecé y fui a caer a una llanura de huesos. Las pirámides de calaveras me servían de referencia.



Mi pie resbaló con una calavera de bebé que rodó y se fue traqueteando hacia un lado. Caí y caí... Y entonces estaba en otro sitio.

Estoy aquí. Yo soy el sueño. Yo soy el camino a la vida.

Sari estaba allí.

Me sonrió, luego desapareció, pero me aferré a su sonrisa como la única cosa capaz de dejarme mantener la cabeza sobre las aguas de un mar de locura.

Estaba en ese otro sitio. Era un sitio de cuevas doradas donde los ancianos se sentaban al borde del camino, congelados en el tiempo, vivos pero incapaces de mover mucho más que una pestaña. Su demencia azotó el aire como un millón de cuchillas batiéndose en duelo. Algunas estaban cubiertas con redes brillantes de hielo, como si un millón de gusanos de seda mágicos las hubieran devanado en capullos de delicadas hebras de agua congelada.

Un bosque encantado de carámbanos colgaba del techo de la cueva. Intenté pasar deprisa por delante de los ancianos para salir de aquel lugar. Corrí como se corre en los sueños, lentamente hacia ninguna parte.

Y entonces el horror empeoró al darme cuenta de que conocía a esos ancianos. Corrí más, resistiéndome a una risa perversa y llena de vida.

Intenté pegar salvajemente a quienquiera que me estuviera tocando, lancé la mano debajo de la almohada para recuperar el puñal que tenía ahí escondido. Un golpe repentino me sujetó la muñeca con fuerza mientras volvía la luz. Una voz fuerte espetó:

—Murgen.

Enfoqué. El tío Doj me estaba vigilando. Parecía serio, preocupado. Thai Dei estaba de pie junto a los pies de la cama, donde podía cogerme por detrás si saltaba sobre Doj. Madre Gota estaba en la puerta, muy inquieta.

El tío Doj dijo:

—Estabas gritando en una lengua que ninguno de nosotros conoce. Te encontramos luchando con la oscuridad cuando llegamos.

—Tenía una pesadilla.

—Lo sé.

—¿Eh?

—Era obvio.

—Sari estaba allí.

Por un momento la cara de madre Gota se convirtió en una máscara de ira. Farfulló algo bajito y demasiado rápido para entenderlo, pero pillé el nombre de Hong Tray y la palabra «bruja». La abuela de Sahra, Hong, fallecida hacía tiempo, era la única razón por la que su familia había aceptado nuestra relación. Hong Tray había dado su bendición.

Ky Dam, el abuelo de Sahra, que también había muerto, había afirmado que su mujer poseía la segunda visión. Quizá. Había visto sus predicciones funcionar durante el asedio de De jagore. La mayoría habían sido muy sibilinas, muy vagas.

Había oído también a Sahra describirla como una bruja, en una ocasión.

—¿Qué es ese olor? —pregunté. Los temblores habían cesado. Ya podía recordar detalles de la pesadilla únicamente haciendo cierto esfuerzo—. ¿Hay un ratón muerto aquí?

El tío Doj frunció el ceño.

—¿No habrá sido uno de tus viajes en el tiempo?

—No. Ha sido más bien un viaje al infierno.

—¿Quieres seguir el Sendero de la Espada? —El Sendero era la religión de Doj, su razón principal de vivir, o a veces lo parecía.

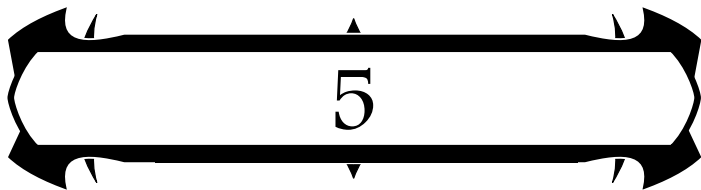
—Ahora mismo no. Quiero tomar nota de todo esto mientras todavía lo recuerde. Podría ser importante. Algunas cosas me resultaban familiares. —Giré los pies hasta el suelo, consciente de que aún estaba siendo escudriñado intensamente.

Era mucho peor ahora que Sari no estaba.

Todavía no era el momento de recalcarlo.

Fui a mi zona de escritura, me senté y me puse a trabajar. El tío Doj y Thai Dei encontraron sus espadas de adiestramiento de madera y empezaron a desentumecer los músculos al otro lado de la sala.

Madre Gota siguió hablando sola mientras se afanaba haciendo limpieza. Mientras le apeteciera la dejaría hasta ayudar con el desorden, ofreciéndole sugerencias desde la comisura de la boca con la frecuencia suficiente para mantenerla tranquila.



El gran cuadrado oscuro y andrajoso se posó lentamente en el aire, meciéndose de manera impredecible en la brisa gélida del invierno. Un chillido de angustia se elevó por encima de las quejas del viento. Por dos veces la alfombra harapienta intentó asentarse en la cumbre de la torre donde el Maestro de las Sombras se encontraba esperando. Por dos veces el viento amenazó con el desastre. El maestro de la alfombra aulló otra vez y descendió más de un metro hasta una zona de aterrizaje más grande y más segura sobre la enorme muralla de Atalaya.

El Maestro de las Sombras maldijo el tiempo. Esta penumbra invernal era casi tan mala como la noche. Aquí, allá, las sombras volvían a la vida en rincones imprevisibles. Todo su genio y su esfuerzo no pudieron deshacerse de cada grieta donde podían estar acechando. En su mundo ideal él paralizaría al mismo sol directamente sobre la fortaleza, donde podría abrasar el corazón de la noche y matar los terrores que se agazapaban dentro.

Sombra Larga no bajó a encontrarse con su secuaz el Aullador. Haría que el pequeño tullido viniera a él. En una conversación podía hacer como si fueran iguales, pero no era verdad. Llegaría el día en que tendría que deshacerse de una vez del Aullador. Pero ese día aún estaba muy lejos. Esos detestables moscones de la Compañía Negra tenían que ser enterrados primero. Taglios debía ser castigado con fuego y sombra. Sus sacerdotes y príncipes tenían que ser



borrados. Había que capturar a Senjak y chuparle cada oscuro secreto, después debería ser destruida, totalmente y para siempre. Su loca y frívola hermana, Atrapa Almas, debía ser perseguida, asesinada y su carne tirada a los perros salvajes.

Sombra Larga se rió nerviosamente. Muchas de esas cosas las había dicho en alto. Cuando estaba solo no le importaba verbalizar sus pensamientos.

Su lista de gente de la que había que deshacerse crecía casi a diario.

Aquí iban dos más.

Las dos primeras caras en asomar por el hueco de la escalera eran las del Estrangulador Narayan Singh y la niña que sus Impostores llamaban la Hija de la Noche. Sombra Larga la miró a los ojos solo un momento. Pasó a examinar la devastación al norte de Atalaya. Todavía ardían algunas hogueras en las ruinas.

La niña apenas tenía cuatro años, pero sus ojos eran ventanas hasta el mismo corazón de las tinieblas. Casi parecía como si su monstruosa diosa Kina estuviera sentada detrás de esas huecas pupilas.

Era casi tan aterradora como esas briznas vivientes de oscuridad que, puesto que podía dominarlas, le daban el título de Maestro de las Sombras. Solo era una niña en carne. Lo que había dentro era años más viejo y más oscuro que el sucio escuálido hombrecillo que le servía de guardián.

Narayan Singh no tenía nada que decir. Se quedó en el borde del brocal y se estremeció con el viento helado. La niña se unió a él. Ella tampoco habló, pero no mostró interés en la ciudad derruida. Tenía la atención puesta en él.

Por un instante Sombra Larga temió que pudiera leerle la mente.

Meneó su larga y huesuda figura hacia el hueco de la escalera, preocupado porque Aullador lo estaba dejando solo demasiado tiempo con estas extrañas criaturas. Se sobresaltó al encontrar al general nar Mogaba, su comandante destacado, subiendo por las escaleras tras el pequeño hechicero, ocupados en una agitada conversación en una lengua desconocida.

—¿Y bien?

Aullador flotaba en el aire, como solía hacer aunque no estuviera pilotando su alfombra. Giró sobre sí mismo.

—La historia es la misma desde aquí hasta la llanura de Charandaprash. Y al este y al oeste también. El seísmo no perdonó a nadie. Aunque el daño es menor cuanto más te alejas hacia el norte.

Sombra Larga se giró inmediatamente y miró al sur. Incluso en la penumbra del invierno entrante aquella llanura allá a lo lejos parecía relucir. Hasta parecía burlarse de él, y por un momento lamentó el impulso que lo había llevado a desafiarla tantos años atrás. Había conseguido todo el poder con el que había soñado entonces, después de lo cual no había tenido un momento de paz.

Solo con existir, el lugar más allá de la Puerta de las Sombras se mofaba de él. La raíz de su poder era también su azote.

No vio muestras de que el seísmo hubiera alterado nada allí. La puerta, creyó, debía de estar hecha a prueba de todo tipo de desastres. Solamente un instrumento podía abrir el camino para entrar.

Se volvió a girar y vio a la niña sonreír, un diente blanco asomaba como un colmillo diminuto de vampiro. Era una combinación de los efectos más terroríficos de sus dos madres.

Aullador pegó un grito que quedó interrumpido.

—La destrucción no nos deja otra opción que posponer las tareas del imperio hasta que el populacho pueda soportarlas otra vez.

Sombra Larga se llevó a la cara una mano huesuda enfundada en un guante para ajustarse la máscara que llevaba siempre cuando estaba acompañado.

—¿Qué has dicho? —Debía haber entendido mal.

—Considera la ciudad antes que tú, amigo mío. Una ciudad que existe únicamente para construir esta fortaleza aún más alta y más fuerte. Pero los que allí viven deben comer para tener fuerzas para trabajar. Deben tener donde resguardarse de los elementos, de otro modo se debilitarían y morirían. Deben tener algo de calidez y agua que no les lleve a morir de disentería.

—No los miraré. Su única misión es servirme.

—Cosa que no pueden hacer si están muertos —advirtió el general negro—. Últimamente no caemos nada bien a los dioses. Este terremoto nos ha causado más daño que todos los ejércitos de Taglios en todos los años de esta guerra.

Sombra Larga sabía que era una gran exageración. Sus tres camaradas Maestros de las Sombras estaban muertos. Sus grandes ejércitos habían perecido con ellos. Pero pilló el mensaje. La situación era grave.

—¿Has venido a decirme eso? —Era presuntuoso por parte del general venir a Atalaya sin haber sido invitado. Pero Sombra Larga lo perdonó. Sentía cierta debilidad por Mogaba, se parecía muchísimo a él mismo de joven. Consentía al nar cosas sobre las que hubiera sido mucho más duro viniendo de sus otros capitanes.

—He venido a pedirte otra vez que reconsideres tus órdenes de obligarme a permanecer inmóvil en Charandaprash. Después de este desastre, más que nunca, necesitaré flexibilidad para ganar tiempo.

Era un argumento viejo, muy viejo. Sombra Larga ya estaba harto de él.

—Si no puedes desempeñar tus órdenes como se te dan, general, sin cuestionar a nadie y sin importunarme continuamente, entonces encontraré a alguien que lo haga. Me viene a la mente ese compañero, Hoja. Ha hecho grandes cosas por nosotros.

Mogaba inclinó la cabeza, no dijo nada. Precisamente él no advirtió que los éxitos de Hoja habían llegado porque se le permitía exactamente el tipo de libertad de decisión y movimiento que Mogaba llevaba dos años solicitando.

El arranque de cólera de Sombra Larga no era inesperado. Pero Mogaba se sintió obligado a intentarlo, en atención a sus soldados.

El Estrangulador Singh dio un paso hacia el Maestro de las Sombras. Su hedor lo precedió. Sombra Larga se acobardó. El hombrecillo dijo:

—Vienen hacia nosotros. Ya no hay duda alguna.

Sombra Larga no lo creía porque no quería que fuera verdad.

—El invierno no ha hecho más que empezar. —Pero cuando echó una mirada al Aullador, el pequeño hechicero tullido asintió con su cabeza cubierta de harapos.



Contuvo un grito malogrado.

—Es cierto. Dondequiera que mire hay ejércitos de Taglios en movimiento. Ninguno es muy grande, pero están por todas partes, en cada posible carretera. El intento de Singh de matar a sus superiores parece que los ha animado a ponerse en camino.

El intento fallido de Singh. Sombra Larga no lo dijo en alto. Sus propias fuentes de espionaje ahora eran flojas, pero le habían aportado mucho. La alianza con los Estranguladores era muy impopular y por tanto muy precaria. Los Impostores no eran más queridos en Lugar de las Sombras de lo que lo eran en los territorios taglianos.

Mogaba movió los pies, pero contuvo el comentario ansioso por escaparse entre sus dientes. Sombra Larga sabía exactamente de qué se trataba. El general quería que se le permitiera atacar a las bandas taglianas antes de que pudieran unirse formando un gran ejército en la llanura de Charandaprash.

—Aullador. Encuentra a Hoja. Dile que haga frente a tantos de estos pequeños ejércitos como pueda. General.

—¿Señor? —Mogaba tenía que esforzarse para mantener una voz neutral.

—Puedes enviar algunas de tus caballerías al norte a hostigar al enemigo. Pero solo unos pocos y solo caballería. Si descubro que me interpretas como que te he dado libertad, te liberaré de verdad. Al otro lado de la Puerta de las Sombras. —Hacia mucho tiempo que no enviaba a nadie para verle morir una muerte cruel. Ya no tenía tiempo para sí mismo. Ni tampoco podía abrir el camino estos días, sin la Lanza. La única llave que quedaba había sido robada tiempo atrás por uno de sus camaradas muertos. Él no tenía el poder nigromántico de invocar a sus sombras y obligar al villano a que revelara dónde estaba enterrado el objeto.

—¿Me he explicado con claridad?

—Perfectamente. —A Mogaba se le pusieron los pelos de punta. La concesión no era mucha, pero algo era. Aunque el terreno al norte de Charandaprash no se adaptaba a las maniobras de la caballería, así que tendría que usar a sus jinetes como infantería montada. Aun así era una oportunidad—. Gracias, señor.

Sombra Larga miró de reojo a la niña, que casi nunca hablaba. Le sorprendió ver una mirada de absoluto desprecio que se desvaneció justo cuando miró a otro sitio, desapareciendo tan rápido que no parecía más que un parpadeo de la imaginación.

El Maestro de las Sombras dejó que su mirada viajara hasta la llanura de piedra reluciente. Una vez había estado impelido por una necesidad obsesiva de conocer aquel lugar. Ahora simplemente lo odiaba y deseaba que desapareciera, pero lo necesitaba, también. Sin él estaría débil, inferior a la calaña del Aullador o de la mujer Atrapa Almas, cuya locura y enemistad eran totalmente impredecibles. Parecía una perfecta hija del caos.

—¿Dónde está la que se llama Atrapa Almas? —preguntó—. ¿No ha habido rastro de ella?

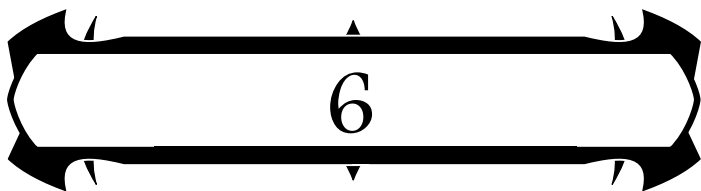
Aullador, que había recibido un parte de un tejesombras *skrin* cuyo círculo dirigía una colonia de murciélagos espía, mintió:

—Nada. Aunque había pasado algo extraño en Taglios en el momento en que los hermanos del *jamar* Singh se infiltraron en el palacio. Podría haber

sido ella. —Un chillido el doble de largo y punzante de lo normal se desgarró del pequeño hechicero. Empezó a temblar, a vibrar y a escupir.

Hasta la niña dio un paso atrás.

Nadie se ofreció a ayudar.



Pasaron cuatro días hasta que Matasanos estuvo listo para abandonar Taglios. La mayor parte de ese tiempo lo pasó discutiendo con la radisha. Sus audiencias eran privadas. A mí no se me permitía estar. Por lo poco que le oí contar después a Fibroso Mather daba la impresión de que habían estado tirándose los trastos a la cabeza. Y eso que Fibroso no había llegado a oír ni la décima parte de lo que se dijo.

Creo que a Fibroso ya no le complace el papel que tiene aquí. La radisha cada vez lo trata más como un hombre poderoso trata a sus concubinas. Se le considera el comandante de las guardias reales y ha hecho un trabajo tremendo allí, pero cuanto más se acuesta con la Mujer, más parece pensar ella que él no es más que un juguete al que no hay que dar crédito en nada que sea de relevancia.

Si eso no lo enojara no habría mencionado el conflicto.

—¿Lo mismo de siempre? —pregunté—. ¿Gastos? —A lo largo de los años Matasanos había hecho que la radisha comprara millones de flechas, cientos de miles de arpones y jabalinas, decenas de miles de lanzas, monturas y sables. Llenó almacenes con espadas y escudos. Adquirió artillería móvil acompañada de arcones de munición. Acumuló caballos de tiro, mulos y partidas de bueyes en docenas de cientos. Tenía elefantes de guerra y de trabajo. Madera suficiente como para construir ciudades nuevas. Mil cometas de caja sin armar lo suficientemente grandes como para levantar a un hombre...

—Lo mismo —admitió Mather. Tiró furiosamente de su pelo castaño enmarañado—. Al parecer espera que esto salga mal.

—¿Esto?

—La ofensiva de invierno. De eso trataba la riña. De empezar a acumular ahora material de repuesto en caso de que esto salga mal.

—*Mmm*. —Eso era propio del Viejo. Los preparativos nunca eran suficientes. Probablemente era el motivo por el cual, a medida que decaía la cólera en su respuesta a la incursión de los Estranguladores, parecía tan poco deseoso de darlo todo en el combate.

Pero conociendo a Matasanos los argumentos también podían ser una distracción. Puede que estuviera intentando asustar a la radisha para que se mostrara más reacia a montar alguna triquiñuela política mientras él estaba fuera.

—Casi llega al límite

—¿A qué te refieres?



—Llega un momento en que la Mujer ya no quiere discutir más.

—¡Oh! —Con eso bastó. Lo comprendí. Si el Viejo continuara, tendría que ejercer sus poderes de jefe militar y poner a la princesa bajo arresto. Y eso revolvería un nido de víboras.

—Él lo haría —dije a Mather. Supuse que la voz correría hasta llegar a la Mujer—. Pero no por material militar. No creo. Aunque si el prahbrindrah Drah y la radisha no cumplen su promesa de ayudar a la Compañía a regresar a Khatovar... el capitán podría ponerse desagradable.

Devolvernos a los orígenes de la Compañía en el legendario Khatovar había sido la principal pasión de Matasanos desde hacía ahora casi una década. Si lo presionabas un poco, a veces aparecía una fijación casi fanática brillando tras el conjunto de máscaras que acostumbra a mostrar al mundo.

Espereaba que Fibroso llevara ese mensaje a su amante. Además, era como si estuviera escarbando con un palo en un hormiguero para ver si, con el canguelo, revelaba la opinión de la realeza acerca de nuestra cruzada.

No era algo que discutieran el príncipe y su hermana, principalmente porque el prahbrindrah Drah le había cogido gusto a la vida en el campo de batalla y ya no veía a su hermana. Pasear con el fantasma no me informó de nada.

Pero Humo era una prueba a su manera. Fue su pávida decisión de mantener a la Compañía lejos de Khatovar lo que lo llevó a desertar del Maestro de las Sombras y ponerse así en una situación en la que saldría damnificado. Como Dama apuntó en su contribución a estos Anales, los gobernantes de Taglios, ya sean religiosos o laicos, no nos tienen más cariño que a los Maestros de las Sombras. Pero nosotros hemos sido más amables. Y si desaparecemos de la escena demasiado pronto tendrán muy poco tiempo para lamentar nuestro fallecimiento.

Sombra Larga detesta totalmente a los sacerdotes. Los extermina allí donde se los encuentra. Lo que podría ser una razón más para que Hoja desertara de su causa. El viejo amigo de Mather es el caso más grave de aversión a los sacerdotes con el que me he encontrado.

—¿Qué opinas de Hoja? —pregunté. La pregunta podía desviar a Mather de interesarse por mis asuntos.

—Sigo sin entender. No tiene ningún sentido. ¿Les pilló haciéndolo?

—No creo. —Lo sabía. Había paseado con el fantasma. Humo puede llevarme casi a cualquier sitio. Incluso al pasado, casi hasta el mismo momento en que el demonio estalló sobre él y lo impulsó a esconderse en las sombras más lejanas de su mente. Pero incluso tras haber usado a Humo para observar el furioso encuentro entre Hoja y el Viejo, exaltado alcohólicamente, además del interés más que evidente de Hoja por Dama, seguía sin entenderlo.

—Pero, ¿sabes qué?, con el príncipe, Hoja, Sauce Swan y casi todos los tipos de la ciudad cayéndoseles la baba cada vez que ven pasar a Dama, no sé si lo culpo por haber acabado explotando.

—Casi tantos como miraban así a tu mujer. Probablemente fuera la mujer más hermosa que había visto nunca cualquiera de ellos. Tú no estallaste.

—Creo que eso es un cumplido, Fibroso. Gracias. Por mi parte y por la de Sari. Si quieres que te diga la verdad, creo que era por algo más que

Dama. Creo que el Viejo piensa que Hoja, de algún modo, se había infiltrado.

—¿Eh?

—Sí. Pero tienes que conocer sus antecedentes. —Fibroso nació en mi extremo del mundo. Sabía cómo eran las cosas—. Pasó años negociando con los Diez que Fueron Tomados. Esos monstruos tramaron planes que llevó décadas desarrollar.

—Y algunos todavía andan sueltos. ¿Por qué Hoja en particular?

—Porque no sabemos nada de él, salvo que lo sacaste a rastras del pozo de un lagarto, o algo así.

—¿Y de Sauce y de mí sí sabes?

—Sí. —No aclaré que mis hermanos de la Compañía, Otto y Lamprea, habían recorrido todo el camino de vuelta al imperio y, de paso, habían hurgado en el pasado de los tráfugas del ejército Fibroso Mather y Sauce Swan.

Eso no hizo que Mather se sintiera muy cómodo.

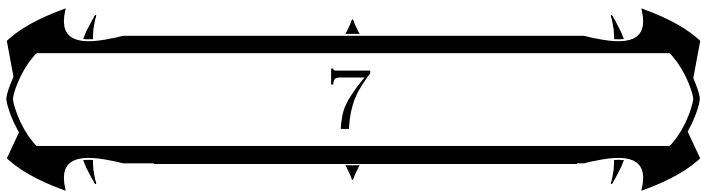
Peor para él.

Nunca ha hecho daño que nuestra paranoia preocupe a alguien más, tanto como para que se comporten como es debido.

Lancé una mirada a Thai Dei. Siempre estaba ahí. Pero yo nunca lo olvidaba. Podía ser mi guardaespaldas y cuñado y podía estar en deuda conmigo por salvar las vidas de algunos de sus familiares, hasta podía caerme bastante bien, pero nunca hablaba de nada trascendente en tagliano o nyueng bao delante de él, a no ser que no hubiera otra elección.

Quizá la paranoia del Viejo se me estaba pegando. Quizá venía de cómo Thai Dei, el tío Doj y madre Gota a veces se mostraban casi indiferentes ante el asesinato de Saha. Actuaban como si la muerte del hijo de Thai Dei, To Tan, fuera diez veces más importante... Habían elegido quedarse conmigo, participar en el viaje al sur para vengarse, así que le daba más vueltas al asunto. Para mí el recuerdo de Sari es algo sagrado, merece sus ratos cada día.

Aunque no es bueno que piense en Sari. Cada vez que lo hago quiero salir corriendo hasta Humo. Pero Humo ya no está ahí. Un Ojo lo sacó de la ciudad y, aunque el pequeño mago posiblemente no tuviera prisa, el que pasea con los fantasmas estaba alejándose más y más.



Matasanos dio aviso de que quería verme. Fui a su agujero en la pared, empecé a llamar a la puerta, pero oí voces en el interior. Me detuve, miré a Thai Dei. No era grande ni atractivo y siempre estaba tan apático que no podías ni empezar a imaginar lo que estaba pensando. Aunque, por el momento, no



parecía que hubiera oído nada que no debiera. Solo estaba allí de pie raspando las tablillas de su brazo roto.

En ese momento hubo un estallido brusco que sonó como cuervos picoteando.

Aporree la puerta.

El ruido paró al instante.

—Entra.

Lo hice a tiempo de ver a un cuervo enorme salir agitando las alas por la pequeña ventana de la celda de Matasanos. Una pareja se encaramó en lo alto de un perchero que parecía que había sido rescatado de una alcantarilla. A Matasanos no le importaban mucho las cosas materiales.

—¿Me querías?

—Sí. Un par de cosas. —Habló en forsberger desde el principio. Thai Dei no iba a pillarlo pero Fibroso Mather sí, si estuviera escuchando. Y también los cuervos—. Vamos a partir antes del amanecer. Lo he decidido. Algunos de los sacerdotes jefe están empezando a pensar que no voy a actuar como hizo Dama, así que están intentando hacer un poco de presión aquí y allá, tanteando el terreno. Me imagino que será mejor que nos pongamos en camino antes de que me metan en una situación comprometida.

Aquello no sonaba propio de él. Cuando empleó el lenguaje de signos al acabar, supe que el discurso había sido para otro consumo, aunque estuviera basado en datos reales.

Matasanos empujó un pedazo de papel plegado.

—Cuida de eso hasta que nos vayamos. Asegúrate de que no dejas ninguna prueba que lo vincule con nosotros.

—¿Qué? —Eso no sonó nada bien.

—Estate listo para salir. Si de verdad tienes que arrastrar a tus parientes, que estén también preparados para partir. Te enviaré el aviso.

—¿Tus mascotas te han contado algo que necesite saber? —Como si no supiera que no eran en absoluto sus mascotas, sino espías o mensajeros de Atrapa Almas.

—Últimamente no. No te preocupes por eso. Serás el primero en enterarte.

Este era uno de esos momentos en que la paranoia me apesaba. No podía estar seguro de la relación real entre Matasanos, Atrapa Almas y aquellos cuervos. Tenía que tener fe absoluta en él en un momento en que mi fe en todo se estaba poniendo seriamente a prueba en todos los aspectos.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Asegúrate de que tienes todo lo que necesitas. No falta mucho.

Abrí el pedazo de papel a la luz de una de las pocas lámparas que iluminaban el pasillo entre el cuarto de Matasanos y el mío. No hice ningún intento de evitar que Thai Dei lo viera. Es analfabeto. Además la nota estaba escrita en la lengua formal de Juniper, como si fuera para un niño listo de seis años. Lo cual era una suerte para mí pues solo tengo una vaga familiaridad con esa lengua, de documentos que se remontan a los tiempos que la Compañía pasó allí, antes de que yo me uniera.

Atrapa Almas estaba muerta entonces. Supongo que es por eso por lo que Matasanos escogió usar esa lengua. Consideró poco probable que ella la conociera.

El mensaje en sí era simple. Me daba instrucciones de llevar los Anales que había recuperado de Atrapa Almas, quien los había robado de donde Humo los había tenido escondidos de nosotros, y ocultarlos en la habitación donde había mantenido escondido a Humo.

Quise volver y discutirlo. Quería conservarlos con nosotros. Pero comprendí su razonamiento. Atrapa Almas y cualquier otro que estuviera interesado en mantenernos apartados de esos Anales, supondría que los guardaríamos cerca hasta que los descifráramos. Una vez en el campo de batalla no tendríamos tiempo de preocuparnos por protegerlos. Así que también podríamos esconderlos en un lugar que, en estos momentos, solo la radisha supiera que existía.

—Mierda —dije suavemente, en tagliano. No importa cuántas lenguas aprenda, siempre encuentro útil esa palabra. Tiene un significado bastante similar en todos los idiomas.

Thai Dei no preguntó. Thai Dei casi nunca pregunta.

Detrás de mí, más allá de la siguiente lámpara, Matasanos salió de su celda con un bulto negro posado en el hombro. Eso significaba que iba a ver a algún nativo. Creía que los cuervos intimidaban a los taglianos.

Dije a Thai Dei:

—Esto es algo de lo que debo encargarme yo solo. Ve a decirle al tío Doj y a tu madre que saldremos durante la noche. El capitán lo ha decidido.

—Debes acompañarme parte del trayecto. No puedo encontrar el camino en esta tumba gigante. —Parecía decirlo en serio.

Los nyueng bao mantenían sus sentimientos bien escondidos, pero no vi razón por la cual alguien que había crecido en un pantano tropical fuera a sentirse como en casa dentro de un montón inmenso de piedra. Máxime cuando todas sus experiencias con las ciudades y los grandes edificios habían sido negativas en grado sumo.

Me apresuré en llevarlo de vuelta a un territorio que conociera lo suficiente para caminar solo. Tenía que entrar rápido en la celda de Matasanos, antes de que regresaran él y su amigo emplumado. Ahí era donde se encontraban los libros ahora mismo. No queríamos que nadie supiera que los teníamos, aunque Atrapa Almas seguramente sospechaba, si es que estaba enterada de que habían sido robados de donde ella los había escondido.

¡Qué juego tan enrevesado!

Me palpé la muñeca para asegurarme de que aún llevaba atado el cordel que era en realidad un amuleto que me había dado Un Ojo para hacerme inmune a todos los hechizos de confusión y desorientación que había en torno a la cámara donde reteníamos a Humo.

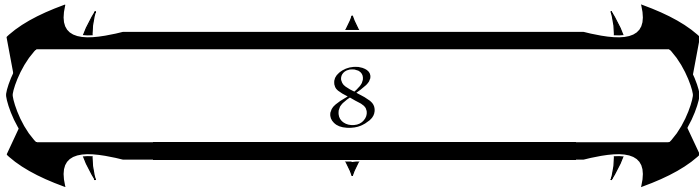
Aun antes de recoger los libros (tras advertir que Matasanos había ahuyentado a todos los cuervos, había cerrado la ventana y la había tapado con una cortina) estaba pensando cómo ocultarlos mejor una vez los tuviera donde Matasanos quería que los llevara.



En cuanto nos fuéramos, la radisha empezaría a preguntarse quién estaría cuidando ahora del mago. Yo apostaba a que empezaría a buscarlo. Era lo bastante obstinada como para conseguir entrar en la habitación.

Aunque no había mostrado mucho interés en Humo últimamente, nunca había abandonado la esperanza de traerlo de vuelta. Si gozáramos de muchos éxitos contra el Maestro de las Sombras, ella querría su ayuda todavía más.

Todo lo que hacíamos parecía tener consecuencias potencialmente desagradables.



Cuando el Viejo decide ponerse en marcha, se pone. Todavía estaba oscuro como una tumba cuando me fui del palacio y lo encontré esperando con dos de los sementales negros gigantes que habían venido del norte con la Compañía Negra. Se habían criado durante el apogeo de la Dama, inculcados con hechicería hasta los mismos huesos. Podían correr eternamente sin cansarse y podían rebasar a cualquier corcel mundano. Y eran casi tan listos como un hombre verdaderamente zopenco.

Matasanos sonrió con burla a mis parientes. Estaban totalmente desconcertados por esta circunstancia. ¿Cómo iban a mantener nuestro paso?

A mí también me tocaba un poco las narices.

—Yo me encargaré —dije en nyueng bao. Pasé mis cosas a Thai Dei y me encaramé al monstruo que me había traído Matasanos. Hacía mucho tiempo que no montaba en uno, pero esto pareció recordármelo. Sacudió la cabeza y resolló un saludo.

—Tú también, grandullón. —Volví a coger las cosas que me sostenía Thai Dei.

—¿Dónde está el estandarte?, —reclamó Matasanos.

—En el carruaje con Un Ojo. Dormilón lo puso allí antes.

—¿Vas a perderlo de vista? Tú nunca lo pierdes de vista.

—Estaba pensando en dejarle el puesto a Dormilón. —Portaestandarte era uno de los cargos que yo ostentaba, y no uno de mis favoritos. Ahora que soy analista debería cederlo. El mismo Matasanos lo ha mencionado en alguna ocasión.

—Ahora dame tus cosas. —Dije a Thai Dei una vez que hube colocado las mías delante de mí.

Los ojos de Thai Dei se abrieron como platos al darse cuenta de lo que pretendía.

Dije a madre Gota y al tío Doj:

—Seguid todo el trayecto por el camino de piedra y alcanzaréis al ejército. Si os paran, enseñad vuestros papeles a los soldados. —Otra novedad del Libertador. Cada vez más gente implicada en el esfuerzo de guerra recibía trozos de papel diciendo quiénes eran y quién se

responsabilizaba de ellos. Puesto que casi nadie sabía leer ni escribir el esfuerzo parecía no valer la pena.

Puede ser. Pero el Viejo siempre tiene sus razones. Aunque sean simplemente para confundir.

Matasanos se percató de lo que estaba haciendo en cuanto extendí la mano para ayudar a Thai Dei a subirse. Abrió la boca para armarla. Dije:

—No te molestes. No vale la pena pelear.

Thai Dei parece una calavera cubierta por una fina capa de oscuro pellejo en el mejor de los casos. Entonces miró como si acabara de oír pronunciar una sentencia de muerte.

—Todo irá bien —le dije, dándome cuenta de que nunca había montado a caballo. Los nyueng bao tienen búfalos de agua y algunos elefantes. No montan a caballo, salvo algunas veces de niños, para ayudar con el arado.

No quería hacerlo. De veras no quería. Miró a tío Doj. Doj no dijo nada. Era el deber de Thai Dei.

Matasanos debió de empezar a parecer un engreído o algo así. Thai Dei lo miró por un momento, un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, después extendió el brazo sano. Yo tiré. Thai Dei era duro y fuerte como no había igual, pero apenas pesaba nada.

El caballo me lanzó una mirada casi tan fea como la que me había lanzado mi jefe. El hecho de que sean capaces de hacer un trabajo no implica que las bestias tengan ganas de hacerlo.

—Cuando estéis listos —dijo Matasanos.

—Adelante.

Partió. El paso que estableció era salvaje. Cabalgaba como si no sintiera dolor. Refunfuñaba y se quejaba continuamente de que no seguía el ritmo. Refunfuñó todavía más después de recoger una escolta de caballería al sur de la ciudad. Los caballos normales no tenían esperanza de igualar el paso que él quería establecer. Tenía que esperar una y otra vez a que lo alcanzaran. Por lo regular iba bastante adelantado, rodeado de cuervos. Los pájaros iban y venían y cuando intercambiábamos palabras él siempre sabía cosas como dónde estaba Hoja, dónde estaban nuestras tropas, dónde había resistencia al avance tagliano y dónde no. Sabía que Mogaba había enviado caballería al norte para entorpecer nuestro avance.

Era insólito. El tío sabía con claridad cosas que no debía. No sin pasear con el fantasma. Y Un Ojo seguía por delante de nosotros, mucho más aventajado de lo que hubiera creído posible si no hubiéramos estado intentando alcanzarlo.

Matasanos superó su cabreo después del primer día. Volvió a ser sociable otra vez. De camino al vado de Ghoja preguntó:

—¿Recordáis la primera vez que vinimos aquí?

—Recuerdo lluvia, lodo, miseria y cientos de habitantes de Lugar de las Sombras intentando matarnos.

—¡Qué tiempos aquellos, Murgen!

—No quisiera estar tan cerca del infierno como estaban ellos. Y eso dicho desde el punto de vista de un hombre que ha estado mucho más cerca.

Rió entre dientes.

—Pues dadme las gracias por esta nueva ruta tan agradable.



—Gracias por esta agradable ruta. —Los taglianos la llamaban el Camino de Roca o el Camino de Piedra. La primera vez que pasamos por él no hicimos otra cosa que arrastrarnos por el barro.

—¿Crees realmente que Dormilón es el indicado para el puesto de portaestandarte?

—He estado pensándolo. Aún no estoy preparado para renunciar.

—¿Es el mismo Murgén que se quejaba de ser siempre el primero en meterse en todos los fregados?

—He dicho que he estado pensando. He descubierto que tengo cierta motivación extra. —Nuestros otros compañeros me dijeron que estaba llevando bastante bien la pérdida de Sari. Yo también lo creía.

Matasanos miró hacia atrás a Thai Dei, que se aferraba desesperadamente a una yegua moteada con el lomo inclinado que habíamos recogido unos cincuenta kilómetros atrás. Estaba manejando bastante bien sus problemas él también, para ser un tipo que solo podía usar una mano.

Matasanos me dijo:

—No dejes que la motivación se interponga al buen juicio. Después de todo seguimos siendo la Compañía Negra. Hacemos que los demás se encarguen de los muertos.

—Lo tengo bajo control. Era hermano de la Compañía Negra mucho antes de ser marido de Sari. Aprendí a controlar mis emociones.

No parecía convencido. Y lo comprendí. No estaba preocupado por cómo lo llevaba en estos momentos, sino por cómo lo llevaría a la hora de la verdad. La supervivencia de toda la Compañía podía depender de la forma en que un hombre saltara cuando estallara la tormenta de mierda.

El capitán se volvió a mirarme. A pesar de sus mejores esfuerzos nuestra escolta había empezado a extenderse. No les prestó atención. Preguntó:

—¿Has descubierto algo de tus parientes?

—¿Otra vez? —Nunca dejaba de presionar. Y yo no tenía una respuesta que darle—. ¿Qué te parece que «el amor es ciego»?

—Murgén, eres un memo si de verdad crees eso. Quizá deberías regresar y releer los Libros de Matasanos.

Ahí me perdí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo también me he buscado una dama. Todavía vive, supuestamente. Estamos bastante enganchados. Tuvimos un niño juntos. Cualquier par de tontos puede hacer eso por accidente, desde luego, pero suele ser un punto de referencia en una relación. Pero lo que tenemos como hombre y mujer, padre y madre, no significa que confíe en Dama ni un poquito en un aspecto que no sea ese. Y ella no puede confiar en mí. Así es ella. Es la vida que ha vivido.

—Sari nunca tuvo ninguna ambición, jefe. Excepto quizá conseguir que me dedicara de verdad a la agricultura de la que siempre estoy hablando para que no me liquidaran gloriosamente de alguna forma militar típicamente heroica, como podría ser cayéndome del caballo y ahogándome al cruzar un riachuelo durante la temporada de lluvias.

—Sahra nunca me preocupó, Murgén. Lo que me molesta es este tío que no actúa como los demás nyueng bao que he visto.

—Eh, es un tipo mayor al que le gustan las espadas. Es un sacerdote y su escritura es acero afilado. Y guarda rencor. Deja que se centre en el Maestro de las Sombras.

Matasanos asintió hoscamente.

—El tiempo lo dirá. —Gruñía muy bien.

Cruzamos el gran puente de piedra que había ordenado construir Dama en Ghoja. Los cuervos llenaban los árboles en la orilla sur. Picoteaban y murmuraban y parecían encontrarnos sumamente divertidos.

Dije:

—Me preocupan más esas cosas.

Matasanos no respondió. Ordenó una parada para que descansaran los animales. Tantos se habían ido al sur delante de nosotros que no disponíamos de remontas bien descansadas.

En medio de todos los saludos y formaciones apresuradas de una guardia de honor y todo eso, me quedé mirando fijamente hacia el sur y dije:

—Ese pequeño payaso está haciendo un tiempo récord. —Ya había preguntado y había descubierto que Un Ojo seguía a un día de ventaja.

—Lo alcanzaremos antes de llegar a Dejagore. —Matasanos me ojeó como si temiera que el nombre de la ciudad fuera a golpearme con el impacto de algún terrible conjuro. Lo decepcioné. Thai Dei, que pudo entender la conversación porque estábamos hablando en tagliano, tampoco mostró ninguna reacción, aunque el asedio había sido tan terrible para su gente como para la Compañía. Los nyueng bao rara vez dejan traslucir alguna emoción en presencia de extranjeros.

Dije a Tahi Dei:

—Dale tu caballo al mozo de cuerdas y veamos si podemos encontrar algo decente para comer. —Vivir a caballo no es un deleite para un sibarita.

Por la misma razón por la que no había remontas frescas, había muy pocos manjares en la fortaleza de Ghoja, pero puesto que pertenecíamos a la banda del Libertador nos dieron un gallo de pelea recién cazado que estaba tan lleno de jugo y sustancia que mi estómago casi se sublevó a tomarlo. Después de comer nos quedamos dentro, lejos del frío, y dormimos un poco. Debí haberme pegado a Matasanos en caso de que sus charlas con los comandantes locales revelaran cualquier cosa que apareciera en los Anales, pero tras un breve debate de naturaleza interna, en lugar de eso elegí dormir. Si oyera algo importante, el Viejo me lo contaría. Si fuera preciso podría regresar con Humo más tarde.

Soñé, pero no recordé los sueños lo suficiente como para anotarlos. Eran desagradables pero no agobiantes o tan terribles como para que Thai Dei tuviera que despertarme.

Estábamos otra vez de camino antes del amanecer.

Alcanzamos a Un Ojo al atravesar las colinas que rodean Dejagore. La primera vez que vislumbé su carruaje y me di cuenta de que tenía que ser él empecé a temblar y luchar contra el impulso de dar patadas a mi montura para acelerar la marcha. Quería llegar hasta Humo.

Puede que tuviera más problemas de los que quería admitir.

Aunque no lo demostré lo suficiente como para que se notara.

Un Ojo nunca redujo la velocidad ni un poquito.



Había habido algunos cambios desde mis tiempos de infierno en Dejagore, o Jaicur, como la llaman sus nativos, o Borrascosa, como se la llamó mientras fue sede de la fallecida Maestra de las Sombras Sombra de Tormenta. Pobre bruja, había sido totalmente incapaz de defender Lugar de las Sombras contra el asalto de la Compañía Negra.

Se había drenado toda el agua de la llanura fuera de la ciudad y estaba despejada de escombros y cadáveres, aunque pensé que aún podía oler la muerte en el aire. Todavía había prisioneros de guerra de Lugar de las Sombras trabajando en las murallas de la ciudad y dentro de la propia ciudad. El motivo parecía problemático. Casi no quedaba ningún jaicuri vivo.

—Interesante idea, sembrar la llanura de cereales —dije, viendo lo que parecía trigo de invierno asomando entre los rastrojos del año anterior.

—Una de las ideas de Dama —respondió Matasanos. Seguía viéndome como si esperara que echara espuma por la boca en cualquier momento—. En cualquier sitio que haya una guarnición militar permanente, una de las responsabilidades de los soldados es cultivar su propia comida.

Cuando se trataba de logística de guerra, Dama era más experta que Matasanos. Hasta que vinimos a Taglios nunca fue parte de nada mayor que la Compañía. Dama había tenido el control del instrumental militar de un inmenso imperio durante décadas.

El Viejo simplemente dejaba la mayoría de esas cosas a Dama. Él prefería descansar tramando sus planes y amontonando las herramientas que Dama podía usar.

La idea del cultivo no era nueva. Dama había hecho lo mismo en la mayoría de sus instalaciones permanentes en el norte.

Hay que conservar las cosas que funcionan.

También ayuda a mantener a los vecinos más dóciles si no les estás robando sus hijas y su siembra.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Matasanos.

Estábamos casi al pie de la rampa de la barbacana. Un Ojo ahora no estaba a más de treinta metros, perfectamente consciente de nuestra presencia, pero sin reducir ni un ápice. Supongo que estaba empezando a adelantarme.

—Lo tengo bajo control, capitán. Ya no desciendo al pasado y casi nunca me despierto gritando. Lo reduzco a un poco de temblor y sudores.

—Cualquier cosa que empiece a pasarte, quiero saberla. Espero estar aquí una temporada. Vas a tener que ser capaz de afrontarlo.

—No la joderé —prometí.